

Memorabilia: Del grito de Córdoba al mayo francés*

Hugo E. Biagini¹

Resumen: Al mayo francés puede asignársele una trascendencia semejante al de una verdadera revolución. No por ello cabe desconocer el carácter anticipador que tuvieron distintas proposiciones y efectividades de la juventud universitaria latinoamericana en los inicios del siglo XX, la cual, entre sus tantos aportes generacionales, ha defendido la ciudadanía supranacional y ha armado una legión de redes intelectuales y sindicales. Como el mismo Mayo francés, la Reforma Universitaria de 1918 cabe ser rescatada por su capacidad para potenciar el derecho a la utopía y al pensamiento alternativo.

Abstract: As it is known, in May 1968 France lived a cultural revolution. Nevertheless, besides the real meaning of that feature, fifty years before, Latin American students, in the same sense, inspired one of the social movements more relevant in Western civilization: the Reform of their university and other important things, for instance, a citizenship beyond the National State and the creation of intellectual and unionist nets with the purpose to give a special strength to alternative or utopian thought.

Los *memorabilia* —en latín, aquellos episodios que deben ser evocados—, se han instalado en el 2008 entre nosotros; episodios producidos por núcleos sociales autónomos que aluden por lo demás a una cultura alternativa de la resistencia y de hondo protagonismo popular. Fundamentalmente, me estoy refiriendo, por un lado, al cuadragésimo aniversario de una gesta trascendental como la del mayo francés, y, por otro, a los noventa años del movimiento reformista de 1918, cuya significación y paralelismos me permitiré abordar.

Tales abordajes no implican descuidar otros sucesos destacables, como la emblemática instalación del monumento al Che Guevara en su suelo natal, al cumplirse ochenta años de su nacimiento, o la realización del Primer Congreso de Estudiantes

* Este trabajo comenzó a ser esbozado en las Jornadas “1968 como acontecimiento del mundo” organizadas por el Centro Franco-Argentino de Altos Estudios y la Embajada de Francia que se llevaron a cabo en Buenos Aires durante la Feria Internacional del Libro (abril 2008).

¹ Hugo Biagini, argentino (1938-). Dr. en filosofía, investigador del CONICET y de la Academia Nacional de Ciencias. hbiagini@speedy.com.ar .

Americanos, un encuentro pionero llevado a cabo cien años atrás en Montevideo, donde se postuló el principio de rebeldía como inherente a la naturaleza de las cosas y se impulsó la federación y representación orgánicas del alumnado. Entre los tantos pronunciamientos lanzados en dicha reunión uruguaya, se llegó a caracterizar al estudiantado como una clase sociológica en sí misma; una concepción que, como la del liderazgo atribuido a ese conjunto juvenil ilustrado, tendría imprevisibles alcances en el tiempo.

La plataforma reformista

El movimiento contracultural llamado Reforma Universitaria, que surgió en la ciudad argentina de Córdoba en 1918 y se propagó por todo el continente y España, ha ido nutriéndose a lo largo del tiempo con las siguientes tesis principales para el ámbito institucional interno: autonomía política, docente y administrativa; co-gobierno paritario tri o cuatripartito; agremiación estudiantil; asistencia libre a clase e ingreso irrestricto a los institutos de enseñanza superior; libertad y periodicidad de cátedra; pluralismo ideológico; centralidad del alumno; enseñanza laica y gratuita; elevado presupuesto para la educación pública; humanismo y especialización. Un enfoque de la universidad netamente original —inadvertidamente retomado hoy por la misma UNESCO—, y sostenido por el estudiantado latinoamericano tras muchos desvelos personales, como síntesis superior de dos modelos en pugna —el profesional y el científico— que aúna los contenidos esenciales de una exclaustación comprometida: crítica al poder, extensión civil de servicios y defensa de los intereses populares. En suma, una universidad que, sin dejar de asumir la más alta excelencia académica, se erija en casa de la esperanza para encauzar el desarrollo comunitario.

Por otra parte, hacia extramuros, cabe observar un ideario de este otro tenor: integración continental y ciudadanía iberoamericana; comunidad universal; reconocimiento de la alteridad; antiautoritarismo y desmilitarización; nueva cultura y nueva moralidad; sociedad abierta, digna y transparente; nacionalización y redistribución de la riqueza; antiimperialismo y antichovinismo; democracia participativa; derechos humanos y justicia social. Además de los millares de páginas escritas valerosamente, tanto en la praxis como en el papel, por la muchachada media y universitaria en torno a esos puntos cruciales, se

trata de una cosmovisión que ha sido suscrita por grandes maestros del pasado, todos ellos situados a una astronómica distancia ético-intelectual de burocráticas representaciones ulteriores. (Biagini, 2000)

La compleja prédica reformista trajo aparejada una resignificación de la cultura, en términos no ornamentales ni acumulativos, como la realización de determinados valores prioritarios: fundamentalmente, la afirmación de justicia, orden y libertad en un orbe injusto, desordenado y tiránico, junto a la convicción de que las universidades no pueden alardear de apoliticismo, flotar como islas en un mar de inequidades o funcionar al servicio del privilegio, según lo pusieron de relieve los universitarios tributarios de esos lineamientos:

Basta de profesionales sin sentido moral, basta de pseudo aristócratas del pensamiento, basta de mercaderes diplomados; la ciencia para todos; la Universidad del mañana será sin puertas ni paredes, abierta como el espacio: grande. (*Renovación*, 16 junio 1920)

Nada más peligroso que el puro intelectualismo, producto de una enseñanza unilateral, cientifista, es el abogado trapalón, el médico mercantilizado, el ingeniero de las medidas falsas, el farmacéutico curandero y el filósofo que fabrica doctrinas y teorías *ad usum Delphini* (Del Mazo, 1968: 264)

No queremos una Universidad que acentúe las diferencias entre una élite intelectualizada que sueña con Nueva York o París, y una masa desvalida, sin sueños ni esperanzas [...] No queremos una universidad que engendre sabios socialmente castrados, ni tecnólogos asépticos para quienes el obrero es sólo otra pieza, aunque menos dúctil y más falible, de su planta industrial (Ciria y Sanguinetti 1983: 204, 205)

Un frecuente error, cometido hasta por los expositores locales de nuestra historia intelectual, radica en presentar como invención nordatlántica de los años sesenta las ideas de generación y de cultura juvenil, cuando tales ideas fueron articuladas ya casi un siglo atrás en vísperas del movimiento reformista organizado. Por otro lado, además de ser uno de los más importantes precedentes doctrinarios con el que deben contar los emprendimientos de unión regional en marcha, la Reforma Universitaria constituye una de las tantas expresiones que desmienten la trillada versión sobre los ascendientes unidireccionales desde el norte hacia el sur para entroncarse con otras vertientes

innovadoras de alcance supracontinental como el modernismo literario o las teorías de la liberación.

Una idea subyacente general en la trayectoria reformista se vincula con el *juvenilismo*, es decir, con la creencia de que les corresponde a los jóvenes asumirse como avanzada histórica, como reanimadores sociales y como portadores de utopía, al reunir en sí la mayor dosis de inconformismo, desinterés, audacia y creatividad; a obrar y conocer en base a principios, renuentes a otorgarle una fuerza irreversible a las penurias colectivas y dispuestos a combatir ese estado anómalo de cosas. Se trata de una creencia que fue expuesta por autores muy gravitantes como José Enrique Rodó, en cuyo *Ariel* (1900) se auguraba un renacimiento generacional capaz de otorgarle un sentido ideal a la existencia y romper con el aislamiento de nuestros pueblos iberoamericanos, en una cruzada redentora en la cual a los jóvenes se les atribuía las alas del “obrero interior”, la salvaguarda de nuestra identidad popular frente a políticas anexionistas y plutocráticas, sin excluir otro peso mayúsculo sobre sus espaldas: el de impulsar la democracia y la ciencia.² Desafíos similares al que, salvando grandes diferencias, ha lanzado el presidente de la República de Venezuela a la juventud mundial cuando la exhorta a preservar el planeta y la especie humana, a salvar la civilización de tanta guerra preventiva, movilizar a las masas y promover una democracia revolucionaria.

Pese a todas las limitaciones que padecen, son justamente las nuevas generaciones, privadas de ideales y de porvenir por la modernización conservadora, quienes siguen batallando por las reivindicaciones sociales, como es el caso palmario de los adolescentes chilenos encabezando inéditas demostraciones contra una ley de enseñanza que, como en las dictaduras militares argentinas, prioriza la educación privada sobre la pública; o, en otro plano, la situación de los mismos jóvenes norteamericanos, sospechosos de padecer un

² Véase, H. E. Biagini, *Utopías juveniles. De la bohemia al Che*, Buenos Aires, Leviatán, 2000. Existe una versión digital en el portal www.cecies.org, sección ediciones. En Juan Bautista Alberdi, uno de los principales exponentes de la generación argentina de 1837, también conocida como Asociación de Mayo, ya puede observarse un rasgo que suele atribuírsele a varias generaciones posteriores, es decir, el papel salvífico de la juventud, cuya misión apunta hacia “todas las grandezas humanas”, entre ellas: “la emancipación de la plebe” y “la transmisión de la democracia al Viejo Mundo”, *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, B. Aires, Biblos, 1984, pp. 148-149. Diversas aproximaciones a los ingredientes juvenilistas de ese agrupamiento pueden consultarse en A. A. Roig, *La universidad hacia la democracia*, Mendoza, Ediunc, 1998, pp. 157ss.

síndrome enfermizo de oposición desafiante, mientras el propio FBI hurga por fichar, entre millones de estudiantes, a quienes serían juzgados como “terroristas”. (Gelman, 2008:24)

Volviendo atrás, la Reforma Universitaria fue concebida de varias modalidades disímiles: como la segunda aventura conjunta de América latina —tras los cien años de soledad que siguieron a las guerras independentistas—, como prolongación de un nuevo ciclo iniciado por las revoluciones mexicana y soviética o como un episodio concomitante a la apertura democrática de nuestras sociedades. Más allá de las correlaciones epocales que guardan esos trascendentes acontecimientos, el legado reformista mantiene una apreciable proyección. Por un lado, por su apuesta al pluralismo, a la autocrítica, al libre examen, a una universidad pública abierta y mejor dotada. Por otro, por su inclinación a paliar las enormes diferencias comunitarias mediante alianzas multisectoriales que hoy, como antes de 1918, se enfrentan a un modelo conservador y a una democracia formalista.

Afortunadamente, podemos contar hoy en nuestra América con diversas expresiones de protagonismo social y gobiernos más representativos desde un contexto similar a aquél por el cual bregaron los jóvenes reformistas en procura de la unidad latinoamericana-obrero-indígena estudiantil; un contexto en el que —frente al neoliberalismo económico, al neoccidentalismo cultural y al realismo periférico de las relaciones carnales con los países dominantes— descuellan diversos indicadores neoaborigenistas y neobolivarianos con olor a izquierda plebeya y con grados más profundos de integración regional. Según creyeron percibir en su momento los artífices del '18, parece como si estuviéramos atravesando una nueva oleada americana, pisando quizá, con las enormes distancias entre ambos casos, sobre un suelo proclive a los cambios estructurales.

Mayo del '68

Muy poco antes de que Rodó levantara su evangelio ético-intelectual de exaltación de la juventud, Emile Zola se había esforzado en implementar un andamiaje argumentativo análogo. Fue cuando propició el repudio a la flagrante persecución racial ejercida contra Dreyfus e intentó comprometer a los jóvenes parisinos, trayéndoles a colación su clásico

amor por la libertad; su sublevación contra la fuerza bruta, los poderosos y la injusticia; su rebeldía a favor de los humildes, los abandonados y los pueblos oprimidos; su indiferencia hacia el acuerdo entre políticos anquilosados y hacia el periodismo venal. También los exhortaba a ser los constructores de la ciudad perfecta, en la cual puedan hacerse reales todas las esperanzas:

¡Oh juventud, juventud! Te suplico, sueña en la gran tarea que te espera. Tú eres el artesano futuro, tú vas a arrojar los cimientos de este siglo próximo que, según nuestra profunda fe, resolverá los problemas de la verdad y la equidad, planteadas por el siglo que termina. Nosotros, los viejos, los mayores, te dejamos el formidable aporte de nuestra investigación, muchas contradicciones y oscuridades quizá, pero con seguridad el esfuerzo más apasionado que jamás siglo alguno haya hecho hacia la luz; los documentos más honestos y los más sólidos, los fundamentos mismos de ese vasto edificio de la ciencia que tú debes continuar (Zola, 1983)

Un par de décadas más tarde, otro escritor francés, Romain Rolland, va a representar un eslabón fundamental en la configuración del pensamiento y la sensibilidad juvenilista a ambos lados del Atlántico. Si bien se le asigna a la producción conjunta de Romain Rolland un enorme predicamento sobre las juventudes del siglo XX, puede estimarse a su novela *Juan Cristóbal*, editada entre 1904 y 1912, como la obra de mayor impacto generacional y con la que se hizo acreedor al premio Nobel. Allí, su protagonista principal, un artista puro —el arquetipo humano— se enfrenta a los prejuicios y convenciones de la época, a la mediocridad generalizada, a la incapacidad para vivir creativamente sin las mentiras urdidas por la religión, la moral y el Estado. Una especie de ley natural induce a cada nueva generación a desplazar a la precedente, a quienes se hicieron conservadores. Para la prédica rollandiana, al joven y al adolescente les compete una misión titánica: saltar por encima de la tapia, hacer tabla rasa de lo consagrado, negar y vomitarlo todo, agruparse en ligas democráticas, cerrarse a las modas y a la frivolidad, armarse de una cultura sólida y armoniosa, combatir la aplicación diabólica de la ciencia al exterminio de la civilización, cuestionar los derechos sagrados de la propiedad, poder privarse de todo salvo de amar, ver

al progreso como un adelanto problemático que sacrifica el bien ajeno, reaccionar contra las injusticias mundanas y el malestar social.³

Medio siglo después, hacia mayo de 1968, otra camada juvenil, en correspondencia con la tónica confrontativa de la época, encarnaría con creces los mandatos y desafíos emitidos por los autores citados, al ocupar la ciudad de París: cabeza y corazón tradicional de Occidente pero en ese histórico instante epicentro multi-regional de representaciones y levantamientos antisistémicos. Estamos haciendo también alusión a un estudiantado que induce a la huelga general a unos diez millones de trabajadores.⁴ Un referente teórico coetáneo de ese impulso avasallante estuvo dado por la obra del pensador Herbert Marcuse, vocero de la Nueva Izquierda e involucrado personalmente en la conflictividad del momento histórico. Ya desde sus primeros escritos, Marcuse sostuvo que la filosofía posee la misión concreta de defender la existencia amenazada por un capitalismo alienante y deshumanizador cuya superación exige la transformación social y el arduo camino de la sublevación. Durante los años sesenta, Marcuse enuncia la posibilidad objetiva de eliminar el estado de enajenación y hace hincapié en la emergencia de sujetos sociales opuestos al *establishment*, entre los cuales ostenta un lugar privilegiado el movimiento estudiantil y la figura del joven rebelde como nuevo tipo adánico. (Biagini 2006: 301-323)

La idea del socialismo como un estilo placentero de vida sustancialmente distinto se halla muy presente en el mayo francés, donde también se verifica la incidencia decisiva del estudiantado, convertido aquí en un movimiento de masas y renuente a formarse en una universidad que lo prepara para explotar a los trabajadores, con los cuales termina aliándose en pos de múltiples exigencias durante esas jornadas memorables. La idiosincrasia de dicha ocasión puede ser caracterizada a través de tantos graffiti que, *mutandis mutandi*, guardan una estrecha correspondencia con buena parte de la impronta marcusiana, enfrentada desde la sensibilidad y el erotismo con la sado-masoquista tradición filosófica junto a su

³ H. E. Biagini, *Utopías juveniles* (ed.cit.), capítulo sobre R. Rolland.

⁴ Por más que se haya tratado en efecto de un ascendiente inusual, no cabe absolutizar dicha influencia en el sentido restringido que le ha asignado Edgard Morin a Francia como “el único país en el que un movimiento estudiantil pudo desencadenar una gigantesca huelga obrera”, cayendo en una especie de nordomanía que omite acciones del mismo tenor como las que tuvieron lugar poco tiempo después en la Argentina con relevantes episodios como el Cordobazo, en el reportaje realizado por J. M. Marí Font, “Memoria de un protagonista”, *El País, Babelia*, 19’4’08, p. 8.

ideología glorificadora de la desdicha y la muerte como vida verdadera; una ideología cuyo trasfondo conlleva la aceptación del orden político y una imagen de la felicidad concebida en términos de autonegación.

Precisamente, en esa literatura prometeica del mayo francés pautada por los graffiti se traduce una suerte de paralela fiebre existencial: “El derecho de vivir no se mendiga, se toma”, “Vivir contra sobrevivir”, “La cultura [a veces planteada como arma favorita de la burguesía] es la inversión de la vida”, “La muerte [al igual que el discurso] es necesariamente una contrarrevolución”. Hasta en los testimonios de quienes se hallaban enrolados por ese entonces en el cristianismo aparece un doble deseo: “cambiar la vida y cambiar la Iglesia”. Tanto los católicos como los protestantes ecumenistas se mostraron solidarios con el accionar contestatario de obreros y estudiantes (Moisset 2008: 49). Pese a la irrelevancia que entonces poseyeron las demandas feministas, subsumidas por el ardor revolucionario, no falta el alegato favorable de las mujeres: “Esta primavera del 68 [...] yo osé comenzar a vivir” (Ripa, 2008). Le Goff ha querido ver en esas inflexiones vitalistas a connotados rasgos provenientes del romanticismo pero sin la presencia de los elementos melancólicos ni depresivos que latían en dicho movimiento decimonónico (Le Goff, 1998).

Correlativamente, en medio de tales pistoletazos asertivos escritos con aerosol se enfatizan nociones vinculadas a categorías como las de ensueño, sospecha, autocrítica, eudemonía, liberación y el afán vanguardista de centralizar la marginalidad, a saber: “Olvídense de todo lo que han aprendido, comiencen a soñar”, “Si lo que ven no es extraño, la visión es falsa”, “Tomemos en serio la revolución pero no nos tomemos en serio a nosotros mismos”, “Mientras más hago la revolución más ganas tengo de hacer el amor y mientras más hago el amor más ganas tengo de hacer la revolución”; “A regocijarse sin más”, “Decreto el estado de felicidad permanente”, “Un solo *week end* sin revolución es más sangriento que un mes de revolución permanente” [complementado por aquello de que la sociedad es como una flor carnívora], “La emancipación del hombre será total o no será”, “Nuestra esperanza sólo puede venir de los sin esperanza”.⁵

⁵ Téngase en cuenta que hacia 1925, en una carta dirigida por la Federación estudiantil paraguaya a sus compañeros de Bolivia, durante el centenario de la independencia de ésta última nación, se efectuó una de las mayores idealizaciones de la vía revolucionaria: “es preferible un siglo de revolución a cuatro días de tiranía. Con las revoluciones se pierde, es cierto, los bienes tangibles, pero el patrimonio moral queda intacto, cuando no aumenta.” Previamente, se objetaban en el mismo documento los diferendos bélicos limítrofes, que

Asimismo, desde los muros, mientras se denuncia el consumismo y el exceso de confort, se reclama un nuevo orden civil asambleario –donde se vote hasta el diseño de un afiche combativo antes de lanzarlo a la vía pública–; un orden con democracia directa y legalidad proletaria, donde no sea el parlamento –perpetuador del sistema– sino la barricada, la calle y los comités quienes marquen el camino, reflejen la voluntad general y absorban la actividad política.

Se cuestiona la enseñanza universitaria y la opción por un conocimiento neutro y objetivo, mientras disciplinas como la psicología o la sociología resultan objeto de grandes embates, por hallarse, como la mayoría del profesorado, al servicio del control social y la crematística. Afirmándose la inocencia del deseo, la validez del juego, la ironía y la fiesta se proclama: “Abramos las puertas de los manicomios, de las prisiones y otras Facultades”. Esencialmente, se trata de construir una nueva universidad crítica, piedra sobre piedra –pues la institución estatuida resulta mera fábrica de diplomas e intelectualmente estéril– que acompañe el cambio de vida y de comunidad, pivotado por la alianza con el proletariado.

La mentalidad primordial del sesentismo francés, trasuntada en parte por la filmografía del momento, cabe ser sintetizada a través del credo sobre la importancia de la lucha interminable, según lo grafican enunciados como los de agitar para vivir, reinventarlo todo y avanzar, crear nuevas situaciones, desatar la expresión, la palabra como un cóctel molotov o, el mundo ya está filmado: se trata de modificarlo. En el trasfondo de esas postulaciones subyace la aversión hacia la cultura de museo y hacia la repetición cotidiana, al espectáculo como lo no viviente, a la pura apariencia, al dormir sin soñar, a la sociedad represiva y autodestructora.

Consecuencias

llevaban a masacrar la juventud, para reconocer sólo como válido el hecho de vivir por la patria y en aras de altos ideales, como la lucha contra dictaduras y guerras fratricidas. El texto completo en G. del Mazo, *op.cit.*, p. 145.

Una versión que mitiga la impronta revolucionaria del mayo francés, adjudicada sobre todo a los dirigentes, con la óptica reformista, atribuida a las bases estudiantiles, en Antonio Sáenz de Miera, *El Mayo Francés*, Madrid, Tecnos, 1993, pp. 43-47.

Según algunos exegetas del mayo francés, el mismo condensa una relevancia epocal y una trascendencia histórica con el alcance que podría asignársele no sólo a una verdadera revolución, tanto cultural y política como metafísica a la vez.⁶ Más allá de tan enaltecida apreciación—a la cual pueden contraponérsele un sinfín de denostaciones interpretativas iniciales o recientes⁷— y sin restarle merecimientos ni especificidades propias al fenómeno en cuestión, no por ello corresponde dejar de advertir el carácter auroral o anticipador que tuvieron distintas proposiciones y efectividades de la juventud universitaria latinoamericana pre y postreformista.

Entre sus tantos aportes generacionales en la materia, se encuentran la elevación del sueño a un componente superior para explicar la realidad, el sostenimiento del principio de vida, la defensa de una ciudadanía supranacional, el derecho de asilo y la objeción de conciencia, el rechazo de la enseñanza en tanto reproductora de desigualdad y expoliación social, el armado de redes intelectuales y sindicales a través de nutridos indicadores: agrupaciones propias, congresos nacionales e internacionales, viajeros, órganos periódicos y una catapulta epistolar.

⁶ Como es el caso elocuente de Michel Onfray -en *La potencia de existir. Manifiesto hedonista*, Buenos Aires, La Flor, 2008-, quien sostiene además que desde mayo del 68 la izquierda no ha producido ningún valor nuevo, por su renuncia a las ideas y su inclinación hacia las prebendas. Cuestionando la contrarrevolución derechista que en su país embestía hasta contra los principios de 1789, para Habermas la importancia que alcanzaron los sucesos del 68 sólo había sido superada en 1945 por la destrucción del nazismo, dada la trascendente carga autonomista y liberadora que acompañó a dichas movilizaciones, J. Habermas, *La necesidad de revisión de las izquierdas*, Madrid, Tecnos, 1996, pp. 33-45.

⁷ Así como la Reforma universitaria ha recibido ataques pretendidamente demoleedores —como he mostrado en otros espacios por parte del clericalismo, el conservadorismo, el populismo y el marxismo mecanicista—, el Mayo francés también ha suscitado una gruesa artillería en su contra, no sólo durante su misma eclosión sino en estos mismos días ante el cumplimiento de su cuadragésimo aniversario: denuestos que van desde el propio presidente Sarkozy —que lo ha condenado como producto de un amoralismo relativista— hasta las descargas del diario madrileño socialdemócrata *El País*, que no deja de responder a fuertes intereses empresariales y a descalificar los nuevos gobiernos nacionalistas del Cono Sur. Así como en pleno auge del neoliberalismo, en octubre de 1992, al conmemorarse los 25 años de la muerte del Che —símbolo por excelencia de la juventud mundial— ese periódico supuestamente progresista no vaciló en referirse en *Babelia* al “desvariado guevarista” y a su expositor como un “incómodo fetiche” relegado al “cubo de la basura”, ha reincidido ahora en una tónica macartista dedicándole ese suplemento cultural a los “restos” de mayo del 68, con una resonancia equivalente a restos fósiles o desperdicios (19-4-08). Allí varios columnistas embaten contra un ’68 que ha permitido instaurar el mito de la juventud, contra izquierdistas furibundos lanzaadoquines, impulsados por fantasías totalitarias y consignas ingenuas, las cuales, según propone el higienista Fernando Savater, deben ser borradas con aguarrás de las paredes y la memoria. Un mes más tarde (17-5-08), se multiplican en *Babelia* los denuestos contra uno de los “acontecimientos históricos más fáciles de desacreditar”, con equívocas alusiones eurocéntricas a Mayo del 68 como la primera revuelta juvenil de la historia, que marcó “el fin de las grandes ideologías, especialmente del marxismo, que ya no volvió a levantar cabeza” (p. 13). En la misma sección central del diario, se incluyó una nota del desprestigiado gestor de la Tercera Vía, Anthony Giddens, quien se refirió al falaz e incivilizado movimiento estudiantil sesentista (6-5-08).

Por consiguiente, mucho antes de los sesenta, ya se había hecho carne la participación oficial de los jóvenes en nuestra educación superior, mientras que en la letrada Europa recién medio siglo más tarde empezó a admitirse la consulta institucional a los estudiantes que, después de la II Guerra Mundial, venían bregando por ello y por otros principios lanzados en 1918 —como la búsqueda prioritaria de solución para los grandes malestares sociales.

Last but not least: reitero la importancia que ha tenido la Reforma al concebir e instrumentar una universidad pública que pueda servir como caja de resonancia para los requerimientos comunitarios y de orientación a las políticas oficiales sin depender de condicionantes factores extraacadémicos como aquellos provenientes de mezquinas asesorías empresariales, intereses altamente concentrados u organismos crediticios globalizadores. En medio de tanto privilegio y marginación, subsiste plenamente el otro gran mandato que el reformismo ha planteado como condición *sine qua non*: la brega por una sociedad más tolerante, culta, justa e igualitaria, en la cual la educación y la universidad públicas posean un papel menos lastimero y, desde su posición aventajada, puedan contribuir a resolver o aliviar los problemas de la gente y el hábitat.

El Mayo francés cabe ser rescatado por su capacidad para potenciar el derecho a la utopía y al pensamiento alternativo. Frente a las acusaciones oficiales lanzadas a los jóvenes parisinos por dejarse llevar por un judío alemán como Daniel Cohn Bendit, aquéllos respondieron al unísono con su consabido: “Nosotros todos somos judíos alemanes”. Gracias a la universalidad identitaria que planteó ese clamor sesentista, hoy podríamos apelar a la mirada pluritópica y corear a voz en cuello: “somos todos indios alzados” e incluso afirmarnos comunitariamente, ante el descalificativo racista, con la siguiente exclamación “somos todos unos negros de mierda”...

Bibliografía:

Biagini, H. E. (2000) *La Reforma Universitaria: antecedentes y consecuentes*, Leviatán, Buenos Aires.

- Biagini, H. E. “Marcuse y la generación de la protesta”, *El Catoblepas. Revista Crítica del Presente*, 8, octubre 2002, www.nodulo.org. Otra versión de este mismo artículo en el libro compilado por R. Marsiske, *Movimientos estudiantiles III*, México UNAM, 2006, 301-323.
- Greca, A. (1938) “La Reforma al cabo de 20 años”, en G. Del Mazo (1968), *La Reforma Universitaria*, vol. 3, Universidad de San Marcos, Lima, p. 264.
- García, R. (1963) “Reflexiones sobre la Reforma Universitaria”, en A. Ciria y H. Sanguinetti (1983), *La Reforma Universitaria*, vol. 2, Sedal, Buenos Aires, pp. 204, 205.
- Gelman, J. (2008) “La doma de los jóvenes bravíos”, *La República*, Montevideo, 9-2-2008, p. 24
- Le Goff, J. P. (1998), *Mai 68, l’heritage imposible*, La Découverte, capítulo 2, París,
- Moisset, J. P. (2008) “Chahut au séminaire”, dentro del dossier alusivo, “Mai 68 le monde tremble”, p. 49.
- Ripa, Y. “La déception des ‘filles de Mai’”, *L’Histoire*, 330, abril, París, p. 47.
- Zola, E. (1983), *Yo acuso*, Leviatán, Buenos Aires.